

hasta Europa, y han sido cuidadosamente conservados en las bibliotecas de sus capitales. Todos ellos se encuentran compilados en la magnífica obra de Lord Kinsborough, siendo de notar que ni uno solo ha sido sacado de España. El mas importante de todos por las luces que presta respecto de las instituciones aztecas, es el código de Mendoza, que despues de su misteriosa desaparicion por mas de un siglo, se ha venido á encontrar en la librería Bodleiana, en Oxford, y ha sido grabado varias veces.

Yala, vendió, segun Bustamante, los documentos existentes en los archivos de la audiencia de aquel Estado, en clase de papel viejo, á los boticarios, tenderos y coheteros. A la selecta coleccion de Boturini no cupo mejor suerte.

La historia de esta famosa coleccion es conocida de todos los literatos. Cuando se la mandaba por el yrey Mendoza, marqués de Mondejar, poco tiempo despues de la conquista al emperador Carlos V, cayó el buque que la llevaba en manos de un crucero frances, y fué llevada á Paris. Despues la compró el capellan de la embajada inglesa, y pasó á manos del anticuario Purchas, quien la publicó en el tercer volumen de su peregrinacion. Perdida la importancia del manuscrito azteca por esta publicacion, cayó en un olvido tan completo, que cuando al fin se excitó la curiosidad pública acerca de su paradero, no pudo encontrarse ningun indicio que pudiese indicarlo. Varias fueron las conjeturas de los literatos con respecto á él, tanto en España como fuera de ella: el Dr. Robertson decidia por la negativa la cuestion con respecto á que estuviese en Inglaterra, fundándose en que en este país no se conocia otra antigüedad mexicana mas que una taza de oro de Moctezuma. Hist. de América. (Londres, 1796) vol. 3º, pág. 370: sin embargo, se han descubierto posteriormente este mismo código y algunas otras pinturas mexicanas en la librería Bodleiana, circunstancia que ha desacreditado algo al historiador que solicitaba con tanto ahinco registrar las bibliotecas de Viena y el Escorial, mientras que se le escapaba lo que tenia á la vista. Este olvido no es cosa tan extraordinaria en un colector universal de medallas, manuscritos, antigüedades y rarezas de todos

El mas brillantemente iluminado es probablemente el que está en la librería Borgiana de Roma; pero el de Dresde es sin embargo el mas curioso, á pesar de no haber excitado toda la atencion que merece. Aunque generalmente se le califica entre los manuscritos mexicanos, se le parece poco en la ejecucion; las figuras de los objetos están mas delicadamente dibujadas, y los caracteres, que son poco parecidos á los mexicanos, parecen ser puramente arbitrarios, y es muy posible que sean fonéticos; su disposicion en géneros. El código de Mendoza no es, por lo demas, sino copia exacta hecha con pluma en papel europeo. Otra copia de la cual se aprovechó el arzobispo Lorenzana para sus mapas de tributos, es la que habia en la coleccion de Boturini. Segun el marqués de Spinetto (Lecciones sobre los elementos de geroglíficos, Londres, lección 7ª) existe otro ejemplar en el Escorial, que probablemente es el original. El código completo copiado de la librería Bodleiana, y una traduccion inglesa, forman parte de la obra de Lord Kingsborough. Divídese en tres partes, que tratan de la historia civil de la nacion, de los tributos que pagaba cada provincia, y de las costumbres privadas de los mexicanos: es una obra de gran importancia á causa de la abundancia de noticias que contiene sobre todos estos diversos puntos.

Al principio perteneció á la familia Giustiniani, pero se le estimaba tan poco, que estuvo á pique de caer en las manos maléficas de los chiquillos de la casa, quienes intentaron varias veces quemarla; pero afortunadamente estaba pintada en pergamino, de manera que aunque quedó un poco estropeada, no fué destruida. Humboldt, Vistas de las Cordill., pág. 89, et seq. Es imposible fijar la vista por un momento en aquel conjunto brillante de figuras y de colores, sin conocer cuán infructuosa debe ser toda tentativa para encontrar la clave de los geroglíficos aztecas, pues aunque dispuestos en verdad con simetría, ofrecen todas las interminables combinaciones del Kaleidescopio. Encuéntrase en el tercer volumen de la obra de Kingsborough.

Humboldt, que ha copiado algunas páginas de este código, no

regular y ordenada los asemeja á los egipcios; todos ellos suponen una civilizacion mucho mas perfecta que la de los aztecas, y por todas estas razones son objeto de curiosas conjeturas.¹

Algunos pocos de estos mapas vienen acompañados de explicaciones recogidas poco tiempo despues de la conquista;² mas la mayor parte carecen de ella,

pone en duda su origen azteca. (Vue des Cordilleres, págs. 266, 267.) M. Lenoir ha llegado hasta encontrar en él analogías entre la mitología mexicana y la del Egipto é Indostan. (Antig. Mex., tomo 2º, introduccion.) Son tan caprichosas las formas de los simbolos de los aztecas, que se les puede encontrar analogías con todo cuanto se quiera.

1 La historia de este códice, que se encuentra en el tercer volumen de las Antigüedades de México, no remonta mas allá del año de 1739, en que se compró en Viena para la librería de Dresde. Está hecha en *Agave americano*, pero las figuras que representa, no representan ni el aspecto ni la forma de las mexicanas. Las figuras humanas tienen un tocado algo semejante á las pelucas modernas: alguna de aquellas parece un oso en lo barbuda, signo que se usó frecuentemente despues de la conquista para demostrar á un europeo: muchas figuras están sentadas y con las piernas cruzadas: el perfil de la cara y todo el contorno de los miembros está delineado con una delicadeza y soltura muy diversas del bosquejo toscos y anguloso de que usaban los aztecas. Los caracteres tambien están bien dibujados, son muy pequeños y de figura circular, aunque irregulares. Están dispuestos, segun el uso egipcio, tanto horizontal como perpendicular, y principalmente de la primera manera, y atendiendo á la direccion que siguen de preferencia los perfiles, es de creer que se les leia de derecha á izquierda. Pero ya sean ideográficos, ya fonéticos, pertenecen á ese sistema confuso y enteramente convencional, que puede considerarse como el medio mas imperfecto de comunicar el pensamiento. Es de sentir que no se sepa de dónde proviene el manuscrito: quizá será de alguna parte de la América central, de las razas misteriosas que construyeron los monumentos de Mitla y el Palenque, aunque ciertamente con los bajos relieves del Palenque apenas ofrecen alguna mas analogía que con las pinturas aztecas.

2 Hay tres: el código de Mendoza, el Telleriano Remensis, anti-

y no pueden ser interpretados hoy. Si los mexicanos hubiesen usado francamente del alfabeto fonético, habria sido fácil el principio, poseyendo los signos, comparativamente pocos, que emplearon en esta clase de escritos, encontrar la llave de todos ellos: una breve inscripcion ha sido el hilo del vasto laberinto de los geroglíficos egipcios; pero como los caracteres aztecas representaban individuos, ó cuando mas, especies, se necesita explicarlos separadamente: toda tentativa en este sentido es inútil, y poca ayuda puede esperarse de las vagas y generales interpretaciones que hoy existen. Como ya lo hemos dicho, hubo hasta fines del siglo pasado un profesor de la universidad de México, destinado especialmente á la interpretación de los manuscritos aztecos; pero como solo tenian por objeto los pleitos judiciales, sus conocimientos se reducian probablemente á descifrar tí-

gua propiedad del arzobispo Teller, y que se encuentra en la librería real de Paris, y el del Vaticano, manuscrito que tiene el número 3,738 en aquella biblioteca. La interpretación de este último, prueba evidentemente su origen reciente, que probablemente data de fines de la centuria décimasexta ó principios de la décimasétima, tiempos en que los geroglíficos se leian mas bien con los ojos de la fé que con los de la razon. Quien quiera que sea el comentador, sus interpretaciones son tales, que prueban que los antiguos aztecas eran cristianos tan ortodoxos, como cualquiera súbdito del Papa. Compárese: Vue des Cordilleres, pp. 203, 204, y Antigüedades de México, vol. VI, pp. 155 222.

1 El número total de geroglíficos egipcios descubiertos por Champollion, es de 864, de los cuales solo 130 son fonéticos, no obstante que este género de escritura se usaba mas frecuentemente que los otros dos. (Compendio, pág. 263.) Spinette. lec. 3ª.

tulos de tierras. El arte de interpretar los geroglíficos decayó de tal manera en menos de un siglo después de la conquista, que un diligente escritor tezcucano se quejaba de que en todo el país no se pudieran encontrar mas que dos personas, ambas muy ancianas, capaces de entender los geroglíficos.¹

No es posible que se recobre jamás el arte de leerlos, lo cual es en extremo lamentable, no porque en los recuerdos escritos de un pueblo semiculto se pueda encerrar alguna verdad muy nueva, ni ningun descubrimiento útil para el progreso y bienestar del género humano, pero sí porque podrian aclarar un poco la historia antigua de la nacion y sobre todo la de las mas cultas que la precedieron. Esto seria aun mas probable, si se conservase algunos restos literarios de los toltecas; y si hemos de creer lo que se cuenta existia en tiempo de la invasion, pero contribuyeron á completar el holocausto de Zumárraga.² No seria

1 Ixtlilxochitl, Hist Chich. M. S. dedic.

Boturoni que viajó por todo el país á mediados del último siglo, asegura no haber encontrado ni una sola persona que le proporcionase la clave para entender geroglíficos aztecas. ¡Tambien completamente se habian borrado en los indígenas los vestigios de su antiguo lenguaje! (Idea, pág. 116.) No obstante, si hemos de dar crédito á Bustamante, debe existir actualmente la llave de todo el sistema geroglífico en alguna parte de España, adonde debe haber sido llevado cuando el proceso del Dr. Mier, en 1795: el nombre de su descubridor, el Champollion mexicano, es Borunda. (Gama, Descip., tit. 2º, pág. 33, nota.)

2 Teoamoxtli, ó libro divino se le llamaba: segun Ixtlilxochitl fué compuesto hácia fines del siglo VII por un doctor tezcucano llamado Huematsin. (Relaciones, mo.) En él se encontraba una noticia

un delirio de la fantasia suponer que tales reliquias nos enseñarian los eslabones de la gran cadena de las razas aborígenas del país, é informándonos de cuál fué su cuna en el viejo mundo, resolverian el misterio que por taato tiempo ha tenido indecisos á los sabios, acerca de la fundacion y civilizacion del nuevo.

Las tradiciones populares no solo estaban consignadas en los mapas geroglíficos, sino tambien en los cantos é himnos, que como lo hemos dicho, se aprendian tambien en las escuelas públicas. Habíalos de diversos géneros: leyendas mitológicas, historias de los tiempos heróicos; cantos guerreros del dia y canciones de amor y de placer.¹ Algunos estaban compuestos por nobles ó literatos, y se les citaba como la narracion mas auténtica de los sucesos.² El dialecto

de la nacion de la Asia; de las varias estaciones que hicieron en su viaje; de sus instituciones sociales y religiosas, y de sus ciencias, artes, &c., &c., que es muchísimo para un solo libro, ignotum pro magnífico. Ningun europeo ha visto copia de él; pero dícese que habia una en poder de los cronistas tezcucanos cuando la toma de su capital. (Bustamante, crónica mexicana. México 1822, carta 3ª) Lord Kingsborough que es capaz de desenterrar una raíz hebrea por muy oculta que esté, ha descubierto que el Teoamoxtli era el penta-teuco, interpretando del modo siguiente la palabra: Teo, «divino,» amatl, «papel ó libro,» y moxtli, que parece ser «Moisés:» *el divino libro de Moisés.* (Antig. de Méx. t. 6º, pág. 204, nota.)

1 Boturoni, idea, pp. 90, 97. Clavijero, op. cit. t. 2º, páginas 174, 178.

2 «Los cantos con que las observaban autores muy graves en su modo de ciencia y facultad, pues fueron los mismos reyes y de la gente mas ilustré y entendida, que siempre observaron y adquirieron la verdad, y esta con tanta razon cuanta pudieron tener los mas gra-

to mexicano era rico y expresivo, aunque inferior al teztucano, el mas culto de los idiomas de Anáhuac. Ninguna composición poética de los aztecas ha sobrevivido; pero podemos formarnos una idea de su poesía por las odas del rey Netzahualcoyotl, que nos han sido transmitidas.¹ Sahagun trae la traduccion de la prosa mas limada, que consiste principalmente en discursos públicos, y oraciones religiosas, por las que no puede uno menos de formarse una idea favorable de su elocuencia, y que prueban cuánta importancia daban á la declamacion. Dícese que tenían tambien representaciones teatrales del género pantomímico, en la que los actores se cubrían la cara con una máscara y tomaban la figura de pájaros ú otros animales, á cuya imitacion los conduciría naturalmente la costumbre de representar tales objetos en sus geroglíficos.² En todo esto vemos el crepúsculo de las bellas letras, aunque á sus conocimientos ellas aventajaban mucho los que tenían en las ciencias exactas.

Inventaron un sistema aritmético muy sencillo; los primeros veinte números estaban expresados por otras tantas cifras: los cinco primeros tenían su nom-

ves y fidedignos autores.» Ixtlilxochtil. Hist. Chich., M. S., prólogo.

1 Véase el cap. 6º de esta introduccion.

2 Véase una noticia sobre algunas de estas máscaras en Acosta, lib. 5, cap. 30, y tambien en Clavijero, op. cit., ubi supra. Entre las ruinas de los indios se han encontrado máscaras de piedra cuyos grabados se encuentran en la coleccion de Kingsborough y en las Antigüedades mexicanas.

bre especial: los subsecuentes se formaban combinando el quinto con los cuatro anteriores; decian, por ejemplo, cinco y uno seis, cinco y dos siete, etc. Diez y quince tenían cada uno su nombre propio, y combinados con los cuatro primeros, servian para expresar los comprendidos entre diez y quince y entre quince y veinte. Los cuatro primeros números eran, pues, los caracteres radicales de su aritmética oral, como lo eran de la escrita entre los romanos: este mecanismo es probablemente mas sencillo que ninguno de los que existen en Europa.¹ El número veinte se expresaba con un geroglífico aparte, una bandera. Las sumas considerables se expresaban repitiendo el número veinte al hablar, y al escribir repitiendo las banderas. El cuadrado de veinte (400) se expresaba por una pluma, y el cubo (8,000) por una bolsa ó saco. Estos eran todos los signos aritméticos de los mexicanos, por cuyo medio daban á conocer todas las cantidades posibles. Para mayor brevedad acostumbraban denotar las fracciones de las sumas considerables, pintando solo una parte del objeto que las representaba: la mitad de una pluma ó las tres cuartas partes de una bolsa, expresaban una cantidad proporcional de la suma total.² A no-

1 Gama, descrip., parte 2ª, Apéndice 2º.

Al comparar este escritor el sistema de numeracion de los mexicanos con el decimal de Europa y con el binario ingeniosamente inventado por Leibnitz, confunde la aritmética oral con la escrita.

2 Ibid., ubi supra.

sotros que ejecutamos nuestras operaciones matemáticas con tanta facilidad por medio de las cifras arábigas, ó mejor dicho, índicas, nos parece muy complicado aquel sistema; pero comparémoslo con el que usaron los grandes matemáticos de la antigüedad que no conocieron esa bella invención que ha cambiado la faz de la ciencia matemática, y los cuales determinaban en gran parte el valor de las figuras, según la posición que guardaban.

En la medida del tiempo, los aztecas ajustaban su año civil por el solar: dividíanlo en diez y ocho meses de á veinte días cada uno: tanto los meses como los días estaban representados por signos á propósito, y los de los primeros expresaban por lo común la estación del año, á la manera que sucedía en el calendario frances del tiempo de la revolución. Había como en Egipto cinco días complementarios, de modo que el año entero venia á tener trescientos sesenta y cinco días: los cinco días supernumerarios no pertenecían á ningún mes, y se les reputaba por aciagos. El mes estaba dividido en cuatro semanas de á cinco días, el último de los cuales era feriado ó día de mercado.² Esta suposición, distinta de todas las conocidas en Europa y en Asia,³ tiene la ventaja

Este sabio mexicano ha presentado en su segunda parte un tratado muy completo de la aritmética de los aztecas.

1 Herodotus, Euterpe, sección 4ª

2 Sahagun, op. cit., lib. 4º, apéndice.

Segun Clavijero, los días feriados eran los que correspondían al signo con que comenzaba el año. Op. cit., t. 2º, pág. 62.

3 El pueblo de Java tambien regula sus ferias, según Sir Stam-

de dar á cada mes igual número de días y de semanas completas, sin dejar residuo alguno ni en el mes ni en el año.¹

Como el año tiene cerca de seis horas mas de trescientos sesenta y cinco días, para compensar este exceso, recurrieron, como todas las naciones que han dispuesto su calendario, á la intercalacion, no cada cuatro años como lo hacen los europeos,² sino á intervalos mas largos como entre algunos de los asiáticos.³ Esperaban á que pasasen cincuenta y dos años para intercalar trece días, ó mejor dicho, doce y medio, que es lo que habian dejado atrasarse el año. Si la intercalacion hubiera sido de trece, habria resultado demasiado larga, porque en cada año no so-

ford Raffles, por una semana de cinco días, teniendo además nuestra semana de siete. (History of Java, London, 1830, vol. 1º, págs. 531, 532.) La división del tiempo por semanas de siete días, de uso universal en el Oriente, es el mas antiguo monumento de la astronomía. Véase á Laplace, Sistema del Mundo. (Paris, 1808,) lib. 5º, cap. 1º.

1 Veytia, op. cit., t. 1º, cap. 6, 7. Gama, Descripción, parte 1ª, págs. 33, 34 et alibi. Boturini, Idea, págs. 4, 44 et sequents. Codex Tell-Rem., ap. antiquit. de México, vol. VI, pág. 104. Camargo, Historia de Tlaxcalan, M. S. Toribio, Historia de los Indios. M. S., parte 1ª, cap. 5º.

2 Sahagun pone esto en duda. «Otra fiesta hacían, dice, de cada cinco años, á honra del fuego; en esta fiesta es verosímil, y hay conjeturas que hacían su bisiesto contando seis días de *nemon-temi*,» (llamábanse así los cinco últimos días, ó días aciagos.) Op. cit., lib. 4º, apéndice. Pero este escritor, aunque muy buena autoridad en lo que toca á la superstición de los aztecas, es incompetente en lo que mira á sus ciencias.

3 Los persas tenían un ciclo de 120 años, de 365 días cada uno, y al fin de cada ciclo intercalaban 30 días. (Humboldt, Vistas de las Cordilleras, pág. 177.) Era el mismo que el ciclo mexicano, con 13

bran seis horas completas de los 365 días, sino seis horas menos once minutos; pero como su calendario concordaba en tiempo de la conquista con el de los españoles (hecha la corrección gregoriana,) es de suponer que adoptaban la intercalación mas corta de doce días y medio,¹ con la cual quedaba el año (salvo un ligero error casi despreciable) exactamente de la misma duración del año trópico, cual ha sido determinada por las mas correctas observaciones.²

días intercalares en 52 años; pero mucho menos exacto que el ciclo con doce días y medio de intercalación. Es ciertamente indiferente uno u otro en cuanto á la exactitud, con tal que se elija múltiplo de 4 para formar el ciclo; pero es claro que mientras mas repetida sea la intercalación, menor será la diferencia con respecto al tiempo verdadero.

1 Tal es la conclusión que saca Gama despues de un detenido exámen. Supone que el ciclo ó haz de 52 años de que se servían los mexicanos para computar el tiempo, terminaba alternativamente, ya á media noche, ya á medio día. (Descripción, parte 1.^a pág. 52 et sequentes.) Algunas pruebas de ella encontró en Acosta [lib. 6, cap. 2,] aunque contradicho por Torquemada [Monarqu. Ind., lib. 5, cap. 33.] y en Sahagun (á pesar de que Gama no conoció la obra de este,) pues tanto el primero como el último de estos escritores dicen que el año terminaba á media noche. La hipótesis de Gama se encuentra confirmada por una observación que nadie, que yo sepa, ha hecho hasta ahora. Los mexicanos tenían además de su ciclo de 52 años, otro de 104, al cual llamaban una edad ó una vez. Como no usaban de él en sus anales, sino de su haz ó atadura de 104 años, es muy probable que el otro serviría para denotar el tiempo que debía transcurrir antes de que el ciclo pequeño comenzase á la misma hora, y que en aquel intercalaban 25 días integros sin fracción ninguna.

2 Esta duración que Zach computa en 365 d. 5 h. 48' 48", apenas es 2' 9" mas larga que el año mexicano, el cual corresponde exactamente á los célebres cálculos de los astrónomos del Califa Almamon; cuyo año era dos minutos mas corto que el verdadero. (Véase á Laplace, Exposición, pág. 350).

La intercalación de veinticinco días cada 104 años, es mas exacta que la de todos los calendarios europeos, pues que deben pasar segun aquella, mas de cinco siglos para que haya un error de un día entero.¹ Tal es la admirable exactitud á que habian llegado los aztecas, ó por mejor decir, sus antepasados los tultecas, en esos cálculos difícilísimos que hasta hace poco tiempo han burlado los esfuerzos de las naciones mas sábias de la cristiandad.²

Es igualmente digno de atención el sistema de que se valian los aztecas para fijar la fecha de los acontecimientos. El principio de su era correspondia al año 1091 de J. C., y comenzaba con la reforma de su calendario, poco despues de su salida de Aztlan. Agrupaban los años en ciclos de á 52 cada uno: llamábanlos haces ó lios, y los representaban por cierto número de carrizos atados con un cordón. Cada vez que se encuentre en sus mapas este signo,

1 El corto exceso de 4 h. 38' 40" que hay mas de los 25 días del período de 104 años, no puede componer un día entero hasta que no pasen mas de cinco de estos períodos maximos, ó 538 años. (Gama, Descripción, parte 1.^a, pág. 23.) Gama estima el año solar en 365 d. 5 h. 48' 50."

2 Los antiguos etruscos dispusieron su calendario en ciclos de 110 años solares; y hacian el año de 365 d. 5 h. 40'; á lo menos es lo probable, segun dice Niebuhr. History of Rome, eng. trans. Cambridge 1822, vol. 1, págs. 113, 238.) Los primeros romanos no supieron aprovecharse de esta medida casi exacta, puesto que solo diferencia nueve minutos menos del tiempo verdadero. La reforma juliana que suponía el año de 365 d. 5 h. 15' tenia un exceso igual ó aun mayor. Cuando los europeos que habian adoptado este calenda-

se denota medio siglo. Para poder designar cada año en particular, dividían su gran ciclo en otros cuatro pequeños ó indicciones de á trece años. Después adoptaban las series de signos para designar cada año: la primera consistía en sus notas numéricas, y la segunda en cuatro geroglíficos de los años; estos últimos se repetían incesantemente y en frente de cada uno de estos se encontraba la cifra correspondiente hasta llegar á trece; este sistema se continuaba durante las cuatro indicciones, de las cuales, como es fácil conocerlo, no había dos

que llegaron á México, sus cómputos estaban adelantados 11 días con respecto al tiempo verdadero, ó en otros términos, con respecto á los de los bárbaros aztecas. ¡Cosa notable!

Las investigaciones de Gama conducen á creer que el año del nuevo ciclo de los aztecas comenzaba en 9 de Enero, fecha muy anterior á la que usan los escritores mexicanos. (Describe. parte 1^a, págs. 49, 52.) Dejando la intercalacion para el fin del ciclo, iba resultando cada año cerca de seis horas de retraso, las cuales producian al cabo de cuatro años un día de diferencia. Por manera que si el ciclo comenzaba en 9 de Enero, el quinto año de aquel comenzaría en 8, el 9^o en 7, y así sucesivamente hasta que el último día de la serie de 52 años caía en 26 de Diciembre, en cuya fecha venía la intercalacion á restablecer la concordancia con el tiempo verdadero, y el nuevo ciclo comenzaba otra vez en 9 de Enero. Torquemada, alucinado por la falta de firmeza del día de año nuevo, afirma que los mexicanos no conocían el exceso de cuatro horas, y que jamas intercalaron. (Monarq. Ind. lib. 10, cap. 36.) El intérprete del código vaticano ha caído sobre este asunto en errores aun mas monstruosos. (Antigüedades de México, vol. VI, lám. 16.) ¡Tan breve cayó en olvido después de la conquista la literatura azteca!

1 Estos geroglíficos eran un conejo, una caña, un pedernal y una casa. Según Veytia, eran los símbolos de los cuatro elementos, aire, agua, tierra y fuego. (Op. cit., t. 1^o, cap. 5.) No es cosa fácil de descubrir la conexión que hay entre un conejo y el aire.

que comenzasen por el mismo geroglífico, y de esta manera todos ellos iban correspondiendo á todos los números sucesivamente, pero nunca correspondían dos veces á un mismo número de un ciclo: 4 y 13 los factores de 52, que era el número de los años de este, admitían todas las combinaciones capaces de formar aquel producto. Cada año tenía, pues, un símbolo especial por cuyo medio se le podía reconocer de una ojeada: este símbolo, precedido de cierto número de haces, indicaba exactamente el tiempo que habia pasado desde el principio de la era nacional, año de 1091, J. C. El ingenioso recurso de una serie periódica, en vez de una enorme serie de geroglíficos destinados cada uno á un año especial, no solo se encuentra entre los aztecas, mas tambien en varios pueblos del Asia, aunque el mecanismo material sea diferente.

El calendario solar arriba descrito habra bastado para todos los usos nacionales; pero los sacerdotes inventaron otro, para su uso particular: llamábase el *cómputo lunar*, aunque no estaba exactamente acomodado á las revoluciones de la luna: constaba

1 Entre los chinos, japoneses, mogoles, mantchous y otras familias de la raza tartara, su serie se compone de los símbolos de sus cinco elementos y de los doce signos del zodiaco, los cuales, combinándose, forman un ciclo de 60 años. En las luminosas páginas de la obra de Humboldt, titulada: *Vistas de las Cordilleras*, se encontrará una comparacion entre estos varios sistemas y el de los mexicanos. Después volveremos á insistir sobre alguna de las consecuencias á que esa comparacion ha conducido.

2 En este calendario, los meses del año trópico estaban distribuidos

igualmente de dos series, la primera formada por las trece cifras y la otra por veinte geroglíficos; mas como el producto de ambos números es 260, y como de repetir una de ellas en los 105 días que sobraban cada año, podía resultar confusión, inventaron otra tercera serie, compuesta de nueve geroglíficos, que alternando con las otras dos, hacia imposible la coincidencia de las tres en un solo año, á lo menos durante 2340 que es $= 20 \times 13 \times 9$. Trece era un número místico en sus tablas; ¹ no se atina

buidos en especies de semanas de á trece días, que repetidos veinte veces (número de días del mes solar, formaban un año lunar ó astro-lógico de 260 días, despues de los cuales comenzaba otro nuevo año. «Por medio de sus treceñas y de su ciclo de 52 años, formaban, dice Gama, un período lunisolar exactísimo para los usos astronómicos.» (Descripción, parte 1ª, pág. 27.) Añade que habian adoptado ese período de trece días, por los períodos en que está visible la luna, antes y despues de su conjunción. (Loco citató.)

Parece casi imposible que un pueblo capaz de construir un calendario tan exactamente arreglado al verdadero tiempo solar haya cometido el grosero error de suponer que en sus cómputos lunares, realmente estaban representadas las revoluciones diarias de la luna. Todo el mundo oriental, dice el sabio Niebuhr, ha seguido los movimientos lunares para formar su calendario: la sabia división del tiempo en grandes porciones, ha sido obra del occidental, con el cual tenia conexiones ese otro mundo antiguamente extinguido que hoy llamamos nuevo. (History of Rome, 1º, pág. 239.)

1 Llamábanles acompañados y señores de la noche, y suponía que presidian los unos la noche y los otros, el día. Boturoni, idea, pág. 57.

2 Así, pues, su año astro-lógico estaba dividido en menos de trece días, y habia en cada una de sus indicaciones 13 años, y en cada una de ellas se contenian 365 períodos de á 13 días. Es un hecho curioso que el número de meses lunares de á 13 días, comprendidos en cada ciclo de 52 años, corresponde exactamente al número de años del gran período sothico de los egipcios, á saber: 1491, período

con la razón por qué en este caso recurrieron al número nueve.

Este segundo calendario excitó la santa indignación de los prisioneros misioneros, y el padre Sahagun lo reprueba airadamente, porque esta manera de adivinanza en ninguna manera puede ser lícita, porque ni se funda en la influencia de las estrellas.

despues del cual las estaciones y fiestas volvian á comenzar en el mismo orden. Tal vez será accidental la coincidencia, pero un pueblo que emplea series periodísticas y cálculos astro-lógicos, se funda siempre en alguna razón para adoptar ciertos números y cierta combinación.

1 Segun Gama (Loc. cit. parte 1ª, págs. 75, 76) porque 260 es exactamente divisible por 9. Los nueve acompañados no tenían que ver con los cinco días complementarios. Pero el número 4, número místico y tambien de mucho uso en sus combinaciones aritméticas, habia servido igualmente bien á este propósito. Con respecto á este, Mc. Culloh observa con mucha sutileza que «es casi imposible que los mexicanos que tanto esmero habian puesto en la construcción de su ciclo, lo terminasen bruscamente con 360 revoluciones, cuyo término natural es de 2340, y supone que los nueve acompañados se usaban en conexión con los ciclos de 260 días para hacer otro más largo, de 2340; éste, repetido ocho veces y añadiéndole otro nono de 260 días, forma precisamente el gran período solar de 25 años. (Resarches, págs. 207, 208). Esta explicación es muy satisfactoria; pero de hecho las combinaciones de las dos primeras series que formaban el ciclo de 260 días, se encontraban interrumpidas al fin de cada año, pues que cada año nuevo comenzaba con el mismo geroglífico; la tercera serie de compañeros era interrumpida tambien, como ya dijimos arriba, por los cinco días aciagos con que terminaba el año; por manera que, si hemos de creer á Boturoni, el primer día del año solar correspondia al primero de los nueve compañeros, que significaba, Señor del año: (Idea, pág. 57) este resultado se habria obtenido exactamente lo mismo y sin ninguna intermisión, adoptando por divisor el número 9 en vez del 9. Tal cual estaba dispuesto el ciclo y metiendo en cuenta su tercer serie, terminaba despues de 360 revoluciones. El asunto es sumamente du-